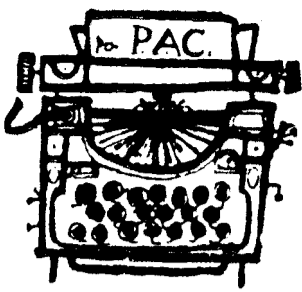


escrito a máquina

Mirando las estrellas



Noche a noche, desde Mayo a Septiembre, el nicaragüense que mira o interroga el oscuro horizonte descubre al norte la constelación de la Osa Mayor, girando sobre sí misma, sin mojar nunca su rabo luminoso, ni en las aguas de los lagos ni en las del mar. Siete estrellas volatíneas su bella forma geométrica girando alrededor de la Estrella Polar. Siete estrellas dispersas en las infinitas distancias siderales que al unirse, en el ojo del hombre, adquieren una figura y evocan la gran Osa con su rabo —que imaginaron las culturas mediterráneas— o el gran Tigre Tezcatlipoca que salta del mar al cielo —según la cosmogonía de los nahuas.

Desde cualquier otro lugar del firmamento, desde los ojos de otros probables seres, de otros planetas, de otras galaxias ¿qué figura absolutamente distinta formarán esas siete estrellas?

Cada hombre es también una constelación. Cada hombre es un conjunto de puntos oscuros y luminosos pero ¿cómo cambia la apreciación de ese conjunto según sea visto desde la intimidad o desde la extrañeza, con amor o con saña, con comprensión o con envidia! Cada hombre es una multitud de hombres, no sólo sumando las visiones y apreciaciones de los demás, sino aun para sí mismo según sea el instante en que su memoria mire o reconstruya su vida. Y si el presente de la memoria constantemente cambia en sus perspectivas —¿mi propia juventud un día la veo y enjuicio de un modo y otro día de otro— ¿qué será del hombre, de su imagen, vista a cien años, a doscientos, a milenios de distancia? ¿Cuál es, pues, mi verdadera imagen? La fisonomía de un hombre visto en su momento de poder, que diferente es luego apreciada desde otro tiempo histórico! Y si esa figura se aleja, y si sobre esa figura caen los siglos y luego los milenios ¿qué queda? —¿Cuál es, entonces, tu perspectiva? ¿Ante Quién es que eres? ¿Qué ojos son los que miran de verdad?

Decía el paleontólogo Peyer: Se calcula que hay vida en la tierra desde hace 2 mil 640 millones de años y se calcula que el hombre (el "Homo Sapiens") existe desde hace 100 mil años. En comparación con un año, la edad del hombre corresponde en la historia de la tierra a la última media hora y la historia conocida del hombre —que data de unos 6 mil años— corresponde al último minuto y medio, y la larga vida de un hombre de 80 años significa menos de un segundo, el justo tiempo necesario para decir "sí".

Dentro de estas dimensiones ¿qué significado adquiere nuestra vida? ¿Cuál es la luz de mi constelación vista a cien mil años de distancia? —¿Qué significa mi "yo" dentro de la humanidad toda?

Es fácil, ante esas cifras, perder toda apreciación y decir: no soy nada. Ciertamente todo parece nada si multiplicamos la distancia. Soles inmensos, estrellas gigantes, no pasan de ser un punto de luz, o una simple sospecha en los cálculos de un astrónomo, en las distancias siderales. Pero existen. Son. Y existe una valoración —un Ojo que ve las realidades— no sólo de soles y estrellas sino de existencias y seres.

Pero ¿qué valoración es esa? —Porque insertado en la historia de la tierra mi YO, mi pretencioso "yo" con sus cuantos años de vida, apenas significa un segundo, el breve encenderse de una luciérnaga en la noche —un "sí" fugaz— y luego... lo infinito. Soy nada. Esta visión del hombre inserto en la inmensidad ya la habían tenido miles de pensadores a través de todos los tiempos. Sin embargo, nunca la ciencia, nunca las realidades ambientales —el descubrimiento de la tremenda edad de la tierra y de su evolución; el crecimiento de la po-

blación humana y sus grandes aglomeraciones urbanas; los sistemas políticos y económicos deshumanizadores que convierten al hombre en número, en cifra; las grandes matanzas y guerras y hambres que convierten en un absurdo la existencia; la civilización de consumo o de producción cosificando al hombre, tratándolo como "cosa"— nunca antes se había sentido el hombre tan deprimido, desmenuzado y disminuido como persona. No es casualidad que en este momento sea la filosofía materialista la que prive entre un gran sector de la humanidad: la creencia de que no pasamos de ser materia en evolución. Un grano de polvo que apenas tiene sentido como parte de la especie pero nunca como individuo.

Una vez que se pierde de vista el valor del espíritu —que es el q' da significación y sentido al grano de polvo y al instante de vida humana que enciende su lucisita para decir un "sí" o un "no" en medio de la noche infinita—, una vez que se pierde de vista el valor trascendente de cada hombre, comienza la angustia a corroer la médula de nuestra existencia porque lo que perdemos, en realidad de verdad, es la Esperanza. —Aunque digamos que el hombre progresa, aunque saltamos de admiración por los adelantos técnico-científicos y por el orden que van a establecer las computadoras, lo que vemos crecer en el mundo es el pesimismo —desesperamos de nuestra capacidad personal de hacer el bien, nos sentimos impotentes y por impotentes nos amargamos y recelamos unos de otros, y dispersamos— y la poesía cesa de cantar la vida para corroerla como un ácido, y la filosofía se solaza en hundirnos en la "nada", y los mismos científicos —constructores del mundo actual— se convierten en profetas del pesimismo y llenan el mundo de predicciones siniestras: nos hablan de "la primavera silenciosa" de una tierra desolada por la polución de la atmósfera, nos hablan de la explosión demográfica, de la destrucción atómica, e incluso los bienes que nos anuncian son sociedades-hormigueros produciendo y consumiendo, consumiendo y produciendo, y el protagonista de ese paraíso monótono y mecanizado no pasa de ser un "mono desnudo".

Ernst Bloch escribía que lo que resquebrajó, de arriba a abajo, el universo pagano no fue la ética cristiana, ni siquiera "la ética de las bienaventuranzas" como suele decirse, sino la insólita y verdaderamente nueva y revolucionaria noticia cristiana de que el hombre no muere y de que la historia tiene un sentido, que se encamina hacia su plenitud.

Para los griegos —comenta José Jiménez Lozano— la esperanza era incluso un mal, una inmensa furia amenazante y peligrosa salida de la caja de Pandora, o la voz engañosa y paridora de aflicciones de Casandra, nacida para confundir y humillar al hombre. De manera análoga, en la cosmovisión científica y tecnocrática, la esperanza es también una desgracia porque es una ilusión y una mentira, que hace creer al hombre que es algo más que un mono desnudo. El gran mal del mundo —en grande— es la falta de esperanza. Y el gran mal de Nicaragua —en pequeño— es también la falta de esperanza. Es un termómetro que nos indica la bajísima temperatura de nuestro cristianismo: la virtud que transformó al paganismo es la que hemos perdido. Todos andamos de capa caída. Y los cristianos ¿qué hacemos? ¿En qué forma ponemos en acto nuestra esperanza si es que todavía esperamos en algo? ¿Aceptando pasivamente todas las insensateces, bajando la cabeza como bueyes a todas las arbitrariedades, callando ante la injusticia y ante el derroche o despilfarro de nuestros escasos recursos nacionales? ¿Ponemos en

acto la esperanza fabricando desesperación?

Hace poco el Papa Pablo VI, en su discurso pascual, dijo una frase estupenda, prometidora, profética contra el pesimismo humano (una frase llena de seguridad y de aliento), una frase basada en la Esperanza eterna pero dicha para la esperanza en el tiempo y en el mundo. Dijo:

"Las grandes ideas que son los faros del mundo moderno NO SE APAGARAN. La unidad del mundo SE HARA. La dignidad de la persona humana SERA RECONOCIDA, no sólo formal sino realmente. La inviolabilidad de la vida desde el seno materno hasta el final de la vejez TENDRA un común y efectivo consentimiento. Las indebidas desigualdades sociales SERAN niveladas. Las relaciones de los pueblos SERAN pacíficas, razonables y fraternas".

Pocas veces la esperanza en "la instauración de un verdadero orden

humano, bien común de una nueva civilización" ha sido anunciada de una manera tan categórica. Os doy la seguridad de que transformaremos el mundo, dice el sucesor de Pedro. Pero, tener seguridad es obrar conforme a esa convicción. Es sabernos capaces de transformar al mundo. ¿No significa esa esperanza la valoración del esfuerzo de cada uno y algo más: la responsabilidad de cada hombre en el proceso de la historia? ¿Podemos como cristianos cruzarnos de brazos cuando se nos ha dado la misión de construir, en este mundo, la Esperanza de los pobres, de los que sufren y de los que tienen hambre y sed de justicia?

He ahí el significado profundamente humanista de la esperanza cristiana. Es el gran grito de Cristo resucitado: ¿Podemos!... Somos un grano de polvo pero con un hábito divino e inmortal!

PABLO ANTONIO CUADRA